



Disney

365

cuentos

*Aventuras
con amigos*



Disney

365 cuentos

Aventuras con amigos

LIBROS Disney



© 2024 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© 2024 Disney Enterprises, Inc. y Pixar
Todos los derechos reservados

101 dálmatas está basada en el libro *The Hundred and One Dalmatians* de Dodie Smith, publicado por The Viking Press.

Personajes de Winnie the Pooh basados en las obras de Winnie the Pooh, escritas por A. A. Milne y E. H. Shepard.

La película *Tiana y el sapo* copyright © 2009 Disney. Inspirada parcialmente en el libro *The Frog and the Princess*, de E. D. Baker; copyright © 2002 Bloomsbury Publishing, Inc.

Los rescatadores contiene personajes inspirados en los libros de Margery Sharp *The Rescuers* y *Miss Bianca*, publicados por Little, Brown and Company.

Los Aristogatos se basa en los libros escritos por Thomas Rowe.

Basil, el ratón superdetective está basado en la serie de libros *Basil of Baker Street*, de Eve Titus y Paul Galdone.

Historias basadas en los personajes de *Toy Story* copyright © 1995 Disney Enterprises, Inc., *Toy Story 2* copyright © 1999 Disney/Pixar, y *Toy Story 3* copyright © 2010 Disney/Pixar. Elementos originales de *Toy Story* © Disney Enterprises, Inc. Slinky® Dog © Poof-Slinky, Inc. Mr. and Mrs. Potato Head® © Hasbro, Inc.

Materiales y personajes de las películas *Cars* y *Cars 2* copyright © 2024 Disney/Pixar. Elementos de Disney/Pixar © Disney/Pixar. No incluye vehículos propiedad de terceras partes. Hudson Hornet es una marca registrada de Chrysler LLC.; Mercury es una marca registrada de Ford Motor Company; Chevrolet Impala es una marca registrada de Chrysler LLC.; Marcas de Volkswagen, patentes de diseño y copyrights se usan con la aprobación del propietario Volkswagen AG. Algunos fondos están inspirados en el Cadillac Ranch de Ant Farm (Lord, Michels and Marquez) © 1974.

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-19547-79-8
Depósito legal: B. 2.863-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Día de Año Nuevo

Era el primer día del nuevo año, y Pongo y Perdita paseaban con sus amos, Roger y Anita. La niebla matutina empezaba a disiparse, y el ambiente era despejado y frío.

—Ay, Pongo —suspiró Perdita, feliz—. ¡Qué año tan maravilloso hemos pasado! Podemos estar agradecidos por nuestros quince cachorritos.

—Sí, querida, y por todo lo que nos espera este año.

—¿Te puedes creer que ayer estuvieron despiertos hasta medianoche para celebrar la llegada del año nuevo? —se quejó Perdita—. ¡Y seguían despiertos cuando nosotros nos fuimos! Espero que no agoten a la pobre Nanny.

—Sí, fue una verdadera fiesta —coincidió Pongo—. Y Lucky se habría pasado toda la noche viendo la televisión si le hubiésemos dejado.

—Deberíamos volver a casa ya —dijo Perdita—. Me da miedo que Cruella de Vil vuelva mientras estamos fuera. Me aterra la forma en la que mira a nuestros cachorros.

—Supongo que sí —dijo Pongo—. Pero estoy seguro de que Nanny los está cuidando bien.

Pongo y Perdita tiraron suavemente de sus correas para que Roger y Anita supieran que era hora de irse. Los cuatros se dirigieron a casa mientras otra suave llovizna empezaba a caer.

—¡Nanny! ¡Niños! ¡Ya estamos en casa! —gritó Roger mientras él y Anita se quitaban las

botas llenas de barro y Pongo y Perdita se limpiaban las patas en la alfombrilla del vestíbulo. Pero nadie contestó.

—¡Pongo! —exclamó Perdita con creciente pánico—. ¿Dónde están los cachorros?

Pongo subió rápidamente la escalera y empezó a buscar por las habitaciones. Perdita fue a mirar en la cocina. Roger y Anita intercambiaron unas miradas de preocupación, pero intentaron mantener la calma.

Pongo se dirigió apresuradamente a la sala de estar para reunirse con Perdita, que estaba a punto de llorar.

—¡Ay, Pongo! —baluceaba—. ¿Dónde estarán?

—Tranquila, querida —dijo Pongo con las orejas levantadas, prestando atención.

Los dos perros permanecieron en silencio. Entonces oyeron que del sofá provenía un pequeño ronquido. Allí, acurrucados entre los cojines, los cachorros dormían profundamente.

—¡He encontrado a Nanny! —gritó Roger—. ¡Se había quedado dormida en la silla!

Perdita estaba ocupada contando a los cachorros dormidos.

—... 12, 13, 14... ¡Ay, no! ¡Falta uno!

Pongo trotó hasta la habitación contigua.

—¡Aquí está, querida! —gritó—. Es Lucky, por supuesto. Está viendo la fiesta de Año Nuevo en la televisión.



Tres deseos cumplidos

Hace mucho tiempo, antes de que hubiera un Aladdín, una Yasmín, o incluso un Sultán, la lámpara maravillosa estaba emprendiendo su camino hacia la Cueva de las Maravillas, donde Aladdín la encontraría algún día. Un mercader había comprado la lámpara junto con otros objetos. La vendió a un quesero a cambio de comida.

Hassan, el vendedor de quesos, observó la lámpara. Suspiró y comenzó a sacarle brillo. En una nube de humo apareció el Genio.

—¡Hola! ¡Soy el único e inigualable Genio mágico! —anunció el genio azul.

—¿Disculpa? —dijo Hassan.

—¡Encantado de conocerte! —exclamó el Genio—. ¿Y qué haces en Agrabah?

—Mi nombre es Hassan y soy un...

—¡Espera! —gritó el Genio—. ¡Déjame adivinarlo! ¡Dicen que soy un poco vidente, ya sabes!

El Genio se puso la mano sobre las cejas como si inspeccionara la tienda del hombre.

—Vendes... ¡Queso! ¡Estoy en lo cierto!

—Estás en lo cierto —afirmó Hassan—. Pero eso era fácil de adivinar. No es tan mágico.

—Eres muy observador, Hassan —dijo el Genio—. Así que te concederé tres deseos.

—Tres deseos, ¿eh? —Hassan pensó un par de minutos. Después dijo—: Es difícil conseguir suficiente leche de calidad para elaborar el mejor

queso. ¡Desearía poseer muchas cabras para tener siempre suficiente leche!

¡Puf! En un abrir y cerrar de ojos, las calles de Agrabah se llenaron de cabras. ¡Había cabras por

todas partes! ¡Abarrotaban la pequeña tienda y derribaban los puestos del mercado!

—¡Debería desear la que sería más grande del mundo para vender el queso de tantas cabras! —exclamó Hassan.

¡Puf! ¡Súbitamente, la tienda de Hassan empezó a crecer y crecer!

—¡Esto es terrible! —se lamentó Hassan. Desde allí, las personas parecían diminutas

hormigas—. No puedo vivir y trabajar en esta monstruosidad. Lo único que pretendía era hacer el mejor queso de Agrabah.

—¡Desearía no haberte conocido! —chilló.

¡Puf! De pronto, el Genio había desaparecido. Hassan observó que su tienda había vuelto a la normalidad. Afuera, el mercado estaba completamente despejado de cabras.

Hassan buscó la lámpara por todas partes, pero ya estaba dentro del bolsillo de un niño. ¡Dónde acabaría la próxima vez?

—Debe de haber sido un sueño muy loco —dijo Hassan.

¡Sin embargo, desde ese día todo el mundo dijo que el queso de Hassan era el mejor queso de todo Agrabah!



La nana del elefante

La señora Jumbo estaba muy triste. Más que nada en el mundo, deseaba tener su propio bebé elefante. Muchos animales del circo tenían bebés y, cuando observaba a las madres con sus criaturas, se ponía más y más triste todavía.

¡Pero un día, una gran cigüeña entregó un bebé elefante a la señora Jumbo! El pequeño elefante era la criatura más bonita que había visto en su vida, y ella era el animal más feliz del circo. Entonces sucedió algo: su lindo bebé estornudó, desplegando sus orejas. Eran unas orejas realmente gigantescas, y el resto de los elefantes se empezaron a reír de él.

—En vez de llamarse Jumbo Junior —dijo burlonamente un elefante—, ¡debería llamarse Dumbo!

Todos se rieron con maldad. Pero la señora Jumbo ignoró sus provocaciones y rodeó con su trompa a su amado bebé.

Conforme pasaban los días, la señora Jumbo quería a su bebé cada vez más. Jugaba al escondite con él, fingiendo sorprenderse cuando se escondía detrás de sus patas. Y le cantaba nanas a la hora de dormir.

Una tarde, la señora Jumbo encontró a su precioso bebé con una cara muy triste. Intuyó que los otros elefantes se habían estado burlando de él otra vez, y sus ojos brillaron de indignación y rabia.

Sin dudar, lo metió en la cama con mucha ternura, envolviéndolo en sus grandes orejas para mantenerlo caliente.

—No te preocupes por lo que digan los demás

—susurró muy suavemente—.

¡Vas a convertirte en un elefante precioso! ¿Quieres que te cante una nana, cariño?

Mientras el pequeño asentía entre sollozos, la señora Jumbo oyó a los otros elefantes hablando en voz baja en el establo de al lado.

—Francamente —decía uno—, ¡lo mimas demasiado! ¡Con esas orejas es lo último que necesita!

Pero la señora Jumbo ignoró sus comentarios y comenzó a cantar:

Calla, pequeñín, no llores más.

Mamá una nana te va a cantar.

Y si de tus orejas se quieren reír,

Para secar tus lágrimas

Mamá va a estar aquí.

Luego siguió cantando y meciendo a su hijo hasta que sus párpados se volvieron más y más pesados y Dumbo se durmió.

La señora Jumbo tarareó un rato más, después se levantó. A lo largo de todos los establos de elefantes se podían oír unos ligeros ronquidos. ¡La nana de la señora Jumbo había dormido a todos los elefantes!



La historia de Marlin

—P Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney.
—P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney.

Dory seguía murmurando la dirección. Ella y Marlin buscaban al hijo perdido del pez payaso, Nemo. Acababan de escapar de un rape rabioso y ahora intentaban encontrar a alguien que pudiera darles indicaciones para llegar a Sídney. Allí era donde estaba Nemo, probablemente.

—P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney. P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney —continuó repitiendo Dory.

Marlin ya había memorizado la dirección y creía que se volvería loco si la oía una vez más.

—¡Dory! —dijo con un suspiro—. Sé que solo quieres ayudar, pero ¿tienes que seguir hablando?

—Me encanta hablar —dijo Dory—. Se me da muy bien. Mmm... ¿De qué estábamos hablando?

—¡Quiero encontrar a Nemo! —dijo Marlin.

—Eso es, Chico —dijo Dory.

—Una vez, Nemo y yo... —empezó Marlin.

—¿Será emocionante? —dijo Dory.

—Sí, es una historia emocionante —dijo Marlin, aliviado por haber conseguido que dejara de recitar la dirección—. Bueno —empezó Marlin—, una vez llevé a Nemo al otro lado del arrecife, a visitar a un pariente mío al que se consideraba, en su día, el nadador más rápido de todos los peces payaso. Pero cuando fuimos a visitarlo, se había hecho muy mayor.

—¿Cuándo llega lo bueno? —dijo Dory bostezando.

—Estaba a punto de contarlo —dijo Marlin con un suspiro—. Pues, de camino a casa, adivina con qué nos tropezamos.

—¿Con qué? —preguntó Dory.

—¡Con una medusa enorme! Estaba merodeando por el agua y nos cerraba el paso entre dos grandes matas de posidonias.

—Ajá... —dijo Dory. Parecía que intentaba recordar algo—. P. Sherman... —murmuró muy bajito.

—Por un momento, creí que no lo contábamos —dijo Marlin—. Pero entonces... una tortuga de mar enorme nadó hacia nosotros y engulló a la medusa de un bocado.

—¿Le diste las gracias a la tortuga? —preguntó Dory, que parecía haber vuelto a la historia.

—Pues no... —respondió Marlin—. Me daba miedo que nos comiera a nosotros también, así que Nemo y yo seguimos nuestro camino. Pero, desde entonces, me fascinan las tortugas marinas. Y espero no tener que encontrarme nunca más con una medusa.

—¡Oye, yo también tengo una historia! —dijo Dory emocionada—. Ocurrió en la calle Wallaby, 42, Sídney. En P. Sherman. Pues bien, en P. Sherman, calle Wallaby, 42, Sídney, había un... mmm... pez y... bueno...

Marlin gruñó y siguió nadando.



Felinos asustadizos

—Nala! ¿Estás despierta? —susurró Simba.
 —Sí —susurró también Nala, saliendo de la oscura cueva donde dormía con su madre—. ¿Qué haces aquí? Nos meterás en un lío otra vez.

Simba y Nala habían salido a explorar el Cementerio de Elefantes prohibido, donde las hienas los habían acorralado, y el padre de Simba, Mufasa, los había rescatado.

—Vamos. —Simba silbó—. Sígueme.

Poco después, los dos cachorros se encontraban en la oscura sabana, cerca de la base de la Roca del Rey.

—Bien, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Nala.

—Solo quería asegurarme de que no seguías asustada —dijo Simba.

Nala frunció el ceño.

—¿Asustada?! —exclamó—. ¡Yo no era la que estaba asustada!

—¿¡Quéé! —gritó Simba—. ¿Insinúas que era yo el asustado? Porque a mí no me asustan unas cuantas hienas estúpidas. No me habría asustado aunque nos hubiésemos topado con diez hienas.

—Pues yo no me habría asustado aunque nos hubiésemos encontrado a veinte hienas y a un búfalo de agua enfadado —dijo Nala.

—¿Ah, sí? —dijo Simba—. Pues yo ni de treinta hienas, un búfalo de agua y un...

—¿¡Cálao furioso?! —graznó una nueva voz desde la oscuridad.

—¡Aaah! —gritaron Simba y Nala brincando. Un pájaro de vivos colores salió de entre las sombras. Era Zazú, el fiel consejero de Mufasa.

—¡Nos has asustado! —gritó Simba.

—Yo no me he asustado —dijo Nala indignada.

—¡Ni yo! —añadió Simba, rápidamente.

Zazú los observó a ambos por encima de su largo pico.

—¿Ah, no? Pues ¿de quién eran esos gritos? —dijo con ironía.

—Nos has sobresaltado, eso es todo —masculló Nala.

Zazú se ahuecó las plumas.

—Escuchadme los dos

—dijo—, no tenéis que avergonzaros de admitir que estáis asustados. Ni el rey Mufasa negaría que estaba aterrado cuando se enteró de que habíais desaparecido. Y si él puede admitirlo, un par de cachorros flacuchos como vosotros también pueden hacerlo, ¿verdad?

—Supongo —dijo Simba mientras Nala se encogía de hombros.

—Todos nos asustamos —siguió Zazú—. Lo que cuenta es cómo reaccionas ante el miedo. Ahí es cuando demuestras tu verdadera valentía. ¿Entendido?

—Entendido —dijeron Simba y Nala.

Zazú emprendió su camino hacia la Roca del Rey. El sol estaba saliendo y era hora de desayunar.

—Ahora volved a casa cuanto antes... si no queréis que os dé un susto de verdad.





La puesta a punto de Rojo

Una mañana, el camión de bomberos Rojo pensó que era el día ideal para plantar un jardín. Encendió su motor. *Rrrrrr*. El motor de Rojo sonaba raro.

iPop! iPop! iPop!

Comenzaron a salir ruidos de su tubo de escape.

Mientras su motor iba soltando extraños ruidos, Rojo intentaba no prestar atención. Con un poco de suerte, lo que estuviera mal probablemente se solucionaría, porque Rojo no quería ir a la clínica de Doc. Se dirigió al pueblo a trabajar en su jardín, y pronto adelantó a Rayo.

—¡Hola, Rojo! —saludó Rayo—. ¿Cómo te va?

—Bien —respondió tímidamente Rojo.

iBang! iBang!

—¡Vaya! —exclamó Rayo—. Eso no puede ser bueno. ¿Te encuentras bien?

—Humm... Ejem... —murmuró Rojo.

iPop! Rojo siguió conduciendo hacia el pueblo. Rayo también se dirigió al pueblo para reunirse con sus amigos. Ellos no querían que Rojo estuviese enfermo. Rayo encontró al resto en el Café V8 de Flo, repostando para desayunar.

—Rojo no está bien —explicó Rayo, señalando al camión de bomberos, que había empezado a plantar un jardín al otro lado de la carretera—. Pero le da miedo ir a la clínica.

—Oh, cáscaras —dijo Mate, la grúa—. Sé cómo se siente ese pobre chico. ¡Yo también estaba

asustado la primera vez! Pero Doc es un profesional. ¡Tendrá arreglado a Rojo antes de que sepa qué es lo que le pasa!

Los amigos intentaron convencer a Rojo de que visitara a Doc. Ramón le ofreció una nueva capa de pintura en su taller, pero nada podría convencer a Rojo de que acudiera.

—Será mejor que vayamos allí —dijo Rayo a Sally, que acababa de llegar.

Los dos coches aceleraron. Y Mate, Luigi, Guido, Fillmore y Flo los siguieron.

iBang! iPop, pop, pop!

El motor de Rojo gorgoteaba, y de su tubo de escape salían muchos ruidos.

Sally se inclinó hacia él.

—Escucha, Rojo. Todos sabemos que la primera puesta a punto puede dar miedo. Pero lo que esté mal puede tener fácil arreglo. Si no vas ahora, podría convertirse en un problema. Ninguno quiere que tengas que pasar por una revisión completa. Nos importas demasiado.

Rojo miró a sus amigos. Sabía que lo que Sally decía era cierto.

—¿Vendrías conmigo? —preguntó a Sally.

—Por supuesto que sí —respondió ella, contenta de que su amigo cambiara de idea.

Más tarde, Rojo salía de la clínica y sus amigos lo estaban esperando. Rojo revolucionó su motor. *iBrruum!* Sonaba suave como la seda. ¡Era maravilloso correr a toda máquina!



Un nuevo amigo chiquitín

Había pasado una semana desde que la maestra de Cenicienta la obligara a trasladarse de su dormitorio al viejo ático de la casa. Pero Cenicienta no se acostumbraba a su nuevo cuarto. Era una habitación fría, pequeña y sin muebles. El único amigo que acompañaba a Cenicienta era un ratoncillo asustadizo que había visto correteando y entrando y saliendo de un agujero en una esquina del cuarto.

¿Cómo decirle que no tuviera miedo de ella?

—Bueno —pensó Cenicienta—, debe de tener frío... y hambre.

Así que un día a la hora de la cena, Cenicienta dejó caer un trozo de queso en el bolsillo de su vestido.

Y esa misma noche, cuando acabó su trabajo, Cenicienta se apresuró a su cuarto y sacó su costurero. Utilizó unos trozos de tela para hacer un traje a la medida de un ratón: una camisa y un gorro rojos, un pequeño chaquetón naranja y dos zapatitos marrones.

—Un conjunto diminuto para mi diminuto amigo —dijo.

Cenicienta llevó la ropa a la entrada del agujero donde vivía el ratón y se arrodilló frente a él. Sacó el queso del bolsillo y lo colocó en la palma de su mano, junto con la ropa. Después tendió la mano abierta delante de la puerta de la ratonera.

—¡Hola! —gritó.

Un ratón asomó la cabeza por el agujero con precaución y olfateó el aire. Al ver el queso, salió poco a poco del agujero y avanzó hacia la mano de Cenicienta. Se detuvo y alzó la mirada hacia ella inquisitivamente.

—Adelante, ven —dijo—. Son un regalo para ti.

El ratón saltó sobre la palma de su mano, recogió el queso y la ropa, y volvió corriendo al agujero.

Cenicienta esperó unos minutos.

—Bueno —dijo al rato—, ¡déjame ver cómo te sienta!

Tímidamente, el ratón salió vestido con su nuevo traje.

Cenicienta aplaudió.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¿Te gusta?

El ratón asintió. Entonces corrió de vuelta a su agujero. Cenicienta frunció el ceño. ¿Le había asustado?

Pero el ratón reapareció, junto con otros ratones que lo seguían tímidamente.

—¡Más amigos! —gritó Cenicienta.

Y corrió a coger su costurero, encantada de haber encontrado el calor de la amistad en su frío cuarto del ático.

Preparó ropa, mantitas y sábanas para sus nuevos amigos. Pronto se acercaron unas palomas a la ventana, y Cenicienta sonrió, pensando que era muy afortunada por tener tantos amigos a su alrededor.



La peor pesadilla de Mike

—¡AAAAAYYYY...! ¡AYYY! Sulley se sentó en la cama. El angustioso grito provenía del cuarto de su amigo Mike. Sulley abrió de golpe la puerta de Wazowski.

—Hola —dijo Mike con voz temblorosa—. Creo que he debido de tener una pesadilla. —Tragó saliva, y después se sentó en la cama.

Sulley se quedó callado.

—Sulley..., ¿no quieres saber de qué trataba? —preguntó Mike.

Sulley se acercó y se sentó en el borde de la cama de su amigo.

—He soñado... —comenzó Mike—. Esto te va a parecer una locura pero... ¡he soñado que había un niño, un niño humano, ahí, en mi armario! —Señaló al otro lado del cuarto mientras se reía nerviosamente.

—Bueno, bueno —dijo Sulley—. Puede que sea por la película que viste anoche.

—¿Niñozilla? —se burló Mike—. No. He visto esa película una docena de veces.

—¿Por qué no vuelves a intentar dormirte? —dijo Sulley, conteniendo un bostezo.

—Recuerdo que, cuando era pequeño, mi mamá solía traerme un lodolicioso cuando tenía una pesadilla —dijo Mike.

Sulley suspiró pacientemente, después fue a coger un lodolicioso de la cocina para Mike.

—Y me cantaba una nana —añadió Mike.

Con voz grave y carrasposa, Sulley cantó:

¡Duérmete, Mike, Ojito Saltón,

Con el pelo verde y pequeños colmillos!

¡La mañana vendrá cuando salga el sol,
despertarás y abrirás tus ojitos saltones!

—Ojito saltón —corrigió Mike a su amigo—. Y mi mamá siempre revisaba el armario.

Con otro paciente suspiro, Sulley abrió la puerta del armario y entró en él, decidido a enfrentarse a cualquier peligro.

—¡Nada aquí! —gritó.

De pronto, un ruido ensordecedor y una avalancha de trastos salieron por la puerta del armario. Una fregona

amarilla cayó. ¡Parecía una cabellera rubia!

—¡AAAAH! ¡AAAAH! —chilló Mike.

Saltó por encima de las sábanas, pero luego se tranquilizó.

—Oh, con esta oscuridad, pensé que esa fregona era, ya sabes, ¡un niño humano! —Se estremeció y dedicó a Sulley otra sonrisa.

Sulley se burló de esa idea.

—No seas tonto, Mike —dijo—. Un niño nunca andaría suelto por Monstruópolis. ¡Menudo desastre!

—Tienes razón —coincidió Mike, amodorrado—. Buenas noches, Sulley.

—Buenas noches, Mike.

